

*Porque son pura hiedra nuestros recuerdos:
unas, hojas felices; otras podridas.
Déjame hoy, ahora, sacudirlas,
Confiando en que entonces no me escuches.
(‘Bico de neve’. Luis Rei Núñez)*

No es fácil hacer una exposición para explicarse a uno mismo, o por lo menos intentarlo. Rosa Neutro no le vuelve la cara al reto. Mujer valiente y llena de fuerza se sumerge en su universo personal para encontrar respuestas a lo vivido, repensarse a sí misma y, sobre todo, balizar esos contornos por los que se mueve a menudo.

Desechando las sombras que nos acosan, apartando la maleza que nos envuelve, enfrentándose a los miedos que todos tenemos, o mismo jugando con las caprichosas agujas del tiempo es desde donde trabajo Rosa Neutro y hasta donde quiere llevarnos. ¡El tiempo! En sus manos todo sucede, somos prisioneros de su acontecer convirtiéndonos en seres indefensos a expensas de su devenir. En él el hombre parece menos hombre y la mujer menos mujer, convirtiéndonos en hojas amarillas de un otoño que cae al suelo para componer una nueva imagen, la de nuestro interior. Allí donde todo es más difícil ya que nuestra soledad se vuelve el espejo en el que atrapar todo aquello que fue nuestro: la memoria, el recuerdo, las huellas, los sentimientos, lo vivido, lo real o lo irreal. El lugar desde donde vemos pasar todo lo que forma parte de nuestras vidas, una tela de araña en la que rastrear lo que ya es olvido y que ahora tejemos de nuevo en la reconstrucción de lo que conforma lo que hoy somos.

La mirada de Rosa Neutro se va a posar en la lucha entre el exterior y el interior, desde el efecto mágico, casi telúrico que simboliza el dintel como punto de transición. Lo que separa el útero de la vida en sociedad, el desván de la naturaleza, lo cerrado de lo abierto. Una lucha de contrarios en la que se comparte una misma sensación, la intención de la mirada, o buscar donde parece que no hay nada para mostrar otra realidad esa que se fue articulando año tras año, a nuestras espaldas, pero que siempre estuvo ahí, en un cómplice silencio. La cámara recupera aquello que estaba oculto, detrás de una tela, de una verja, de unos ovillos, o de unas viejas entradas de cine; pero también de una corriente de agua, de una luna tapada por la oscuridad o de un muro, algo que tapa algo, un obstáculo al que ha llegado la hora de enfrentarse en la búsqueda de uno mismo. Es el tiempo de las presencias entendidas como ausencias, la necesidad de hacer de la huella el recuerdo de aquellos que estuvieron antes que nosotros y que esa lluvia amarilla, empleando el título de la novela de Julio Llamazares, fue sepultando ante nosotros mismos, cuando aún no teníamos la madurez necesaria para

rebuscar entre la “hiedra de los recuerdos”, como canta el poeta moviendo ese sonajero literario con el que reconfortar nuestros propios demonios.

Y a la vuelta de todo, nosotros, testigos de hoy que con la pátina del tiempo miramos por el agujero que nos pone delante Rosa Neutro. Descubrimos así un estante en el que esta mujer va dejando los tomos de su enciclopedia vital, una arriesgada propuesta que, a la vista de los resultados, alienta todavía más su potente obra, dejando un camino luminoso de indudable plasticidad, basado en una fuerza brutal, por lo que tiene de mostrar el yo, eso que es cada vez más complejo para el ser humano actual y que nos convierte, a cada uno de nosotros, en figurantes solitarios de este caminar que son nuestras vidas a la búsqueda de un norte en el que encontrarnos a nosotros mismos.

Ramón Rozas

Texto comisarial de la exposición “A Porta do Norte”, sep/nov 2014.